
“EL COMANDANTE” DE F. SILVA

ANGEL MARTINEZ

Notas de tres lecturas:

Veo la unidad perfecta de la novela, pero no veo aún, para darla, la impresión en mí de las tres lecturas que he hecho de ella.

Por eso daré aquí las notas de esas tres lecturas casi como fueron saliendo al paso de las mismas.

1) Fernando salió bien de la prueba.

El autor de *El Comandante* pone en una muy buena observación como señal de que algo no salió logrado en poesía o en literatura en general, el que resista dos lecturas atentas y espaciadas, en tiempos distantes. El Comandante en mí no ha resistido sólo dos, sino tres lecturas. La primera en fragmentos que me leía el mismo Fernando a medida que le iban saliendo. El dice que no sabe leer. Pero de hecho nos hace vivir sus relatos como él mismo los ha vivido. La segunda completa en el original a máquina. Y la tercera en libro. Cada una de ellas con el mismo interés y con mayor gozo. Y ahora, además, con la sorpresa de que me esté agradando tanto un libro con ese añadido de novela, que para mí es siempre una resistencia que me cuesta vencer. Después veo que lo que me agrada es lo que el libro tiene de vida en la novela, que es por lo que aprecié las que

me gustaron. Y por las que ya no es sino resistencia vencida el salto que tengo que dar a la palabra *n o v e l a*.

Fernando ha salido bien de la prueba. Ha resistido bien las tres lecturas y en mí el vencer esa resistencia a la novela. Y lo bueno es que me gusta la suya porque es verdadera novela en lo que tiene de creación tanto como en lo que tiene de vida.

2) Impresión de amigo.

No crítica, porque no sé nada de crítica y siempre me ha sabido a murmuración esa palabra. Eso que llaman crítica para mí no tiene otro sentido que el de dar lo que me ha dado una lectura. Impresión de amigo. Y ésta es la primera alabanza del Comandante y además requisito para que estén en su punto todas las que en estas notas le he de dar. No las disminuyen, las aumentan. Si a la vez soy amigo del escritor y del hombre, algo habrá hecho el hombre como escritor para que yo sea su amigo. Lo que ha hecho es dárseme en el escrito como persona, igual que en persona se me dió como hombre. Para que yo pueda así amarlo como en persona en el escrito. Yo soy en ese sentido amigo de Fernando Silva, como lo soy de Fr. Luis de León o

de Cervantes, de Shakespeare o del Dante

Así la primera alabanza de un escrito suyo —ahora del Comandante— es que me haya ganado y pueda hablar de ese escrito como amigo del autor. Y a grande honra. Porque esto no sólo no enturbiará mi visión, sino que la aguzará para que vea como se debe lo que miro. En catalán *estimar* significa amar. Y nada se llega a *estimar* justamente si no se lo ama, si antes eso mismo que estimamos no ha hecho que lo amemos. Amando el escrito en que se nos ha dado, amamos justamente al autor y estamos así en mejor disposición de apreciar lo que ha escrito. El verdadero amor no sólo no es ciego, sino que es el único que pueda darnos perfecta claridad de visión. Para que apreciando como se debe al autor, amemos más por lo que ha escrito a la persona.

3) El Comandante, hijo y padre de Fernando Silva.

O bien: Fernando Silva, padre e hijo del Comandante. Ya desde los cuentos lo había venido viendo, pero ahora con el Comandante lo vi entero: Con distinta razón y la misma de que nació mi ensayo: Cervantes, hijo de Don Quijote, puedo ahora escribir otro: Silva, hijo del Comandante, (y ponerle como luz de guía estas palabras suyas: “entre los dos hay algo más que lo que hay entre un padre y un hijo cualquiera”.)

Lo distinto está en que aquí El Comandante es padre legítimo de Fernando Silva. Y lo igual está en que, como a Cervantes Don Quijote, el Comandante creado y vivido por Silva ha sido quien ha ido levantándolo a él a su altura, para darlo así como él —el Comandante— lo iba haciendo, en lo mismo que él —Silva— veía y expresaba del Comandante. No se trata en ese paralelo de hacer comparación de valores en ningún orden. Se trata únicamente de analogía o paralelismo en un proceso de creación. Si, he de observar que también es alabanza de una obra el que nos evoque otras obras cumbres en su mismo género. Y que admitamos con gusto esa evocación.

Paralelismo en el proceso de creación: marca el paso igual en Cervantes y en Silva de los héroes o protagonistas o como quiera llamárseles de sus cuentos en Silva y de sus novelas ejemplares en Cervantes, al de ese personaje principal capaz por sí solo de llenar la mejor novela. El Comandante empieza como un cuento más de Silva, en el que él mismo es el que ha de estar informando y casi moviéndolo todo en su acción, desde donde quiera que se encuentre. Así empezó también Cervantes el Quijote, mirándolo como un Licenciado Vidriera o un Curioso Impertinente, una Ilustre Fregona o cualquiera otro de los protagonistas de una novela ejemplar. Luego, el Comandante a Silva y Don Quijote a Cervantes se les ponen de pie y los atraen irresistiblemente, al paso que van creciendo y ensanchándose hasta alcanzar toda su medida de hombres. Y como diciéndoles y diciéndonos: Ve, ya está el hombre tendido a su estatura. Y eso es verdaderamente, desde esa visión de sí que les dan a sus autores, crear como hijos suyos a los mismos que los están creando. Con la desventaja, como ya indicamos, para Cervantes de que, si Don Quijote fue el que lo hizo a él, como novelista, que es ser su padre, no fue Don Quijote quien lo engendró ni quien lo formó para que así pudiera dárnoslo. Don Quijote fue en todo hijo de Cervantes, hijo de su fantasía, aun en esa visión que lo levantó de la novela ejemplar a esa novela del hombre, en que no hay ninguno que no se halle y en que en un pueblo determinado y concreto se está mirando el mundo. En cambio, dentro de ese mismo proceso de creación, el Comandante no es sólo su padre biológicamente, sino que es el que lo hace en todo su ser, para que él, Fernando Silva, ya hecho, todo un hombre, nos dijera desde aquel niño que el Comandante fue haciendo, cómo era ese Comandante y cómo era todo su pueblo que así venía haciéndolos a los dos. Para mí eso es lo original y lo más original en la concepción de la novela y a que responde la forma como toda ella ha de desarrollarse. Una originalidad nada buscada, —

sino nacida con la originalidad con que nos nace en cada momento la vida. Por eso dije que es lo distinto en el proceso de creación de Don Quijote y del Comandante. Creado éste por Silva, como Don Quijote por Cervantes. Pero creado el novelista Silva por su padre, mucho más que Cervantes por la visión ensanchada y agrandada que él mismo tuvo de Don Quijote. Porque de todos los modos posibles como se puede hacer un hijo, hizo Don Chico el Comandante a Fernando Silva, en aquella soledad de dos en que todo el mundo les acompañaba y que era como si de los dos solos estuviera naciendo todo aquel mundo. Formándolo, dirigiéndolo en todos sus pasos —“siempre lo está viendo para dónde coge”—, o abiertamente, en persona y de palabra y de acción, o con una influencia misteriosa, radar de almas, que no le deja nunca. Así desde el principio hasta el fin. Todo lo hace el hijo y todo lo piensa bajo la mirada y desde el pensamiento del que no nombra como su padre ni hace falta que le llame padre, para que todo nos esté diciendo cómo lo es. A medida que vamos leyendo, vemos dentro de nosotros cómo todo no es sino el desarrollarse -o desenrollarse- de lo que ya estaba en la primera página que leímos. El Comandante, entero ya allí, no crece. No crece en sí, crece en nuestra visión, a medida que él mismo se explica a sí mismo junto al muchacho que sí va creciendo y en el que sí va creciendo el Comandante, como hijo y padre los dos de lo que uno solo está viendo y recreando. En el capítulo cuarto es donde se acaba de ensanchar la visión que hemos de tener del Comandante, hasta tomar toda la amplitud de la novela que ha de llenar. Ya desde entonces, al hablar de sí, mejor, al presentarse en acción con todo su pasado, lo hace siempre desde el pensamiento del hijo que lo está contando y viéndose siempre cada uno en su pensamiento -su corazón- los dos. Como si no más los dos existiesen en el mundo y todo lo demás fuese para que nos diera al Comandante dirigiendo al hijo y formándose él en el hijo y el hijo lo contara y en lo que

cuenta, que siempre es que es aquel que lo ha ido haciendo, entrara precisamente todo ese pequeño gran mundo de que los dos se han hecho, se están continuamente haciendo, para que mejor los veamos con todo, “ellos solos, líquidos los dos”.

Toda la novela está ya ahí. Eso es lo que la hace novela y lo que le da pleno sentido —pleno sentido social—: de novela de un pueblo concreto que hace a los dos que son su centro y en que se da el aspecto esencial o un aspecto esencial de lo que ese mismo pueblo es. No hay más trama: el hijo y el padre que mutuamente se están haciendo de ese pueblo. Pero ésa es ya más que suficiente. En ella, con todo lo que es Nicaragua en ese punto concreto o desde ese punto concreto ensanchada y expresándose con su habla propia, el ver cómo crece un hijo que no se nombra, frente a su padre y dentro de su padre, a quien tampoco se nombra sino como él, el Comandante, del que el hijo se va haciendo para poder decir con toda verdad quién fue su padre y qué fue Nicaragua en su padre, junto y con todo lo que de Nicaragua le rodeó; los personajes principales, de los que una vez que aparecen ya nunca nos olvidamos; y entre ellos, el tiempo -oficio del hombre-, el río -con el pasar de todo-, la lluvia -con la que todo comienza-. . . Frente a los dos y junto a todo lo que lo anterior supone, el otro, el hijo de todos y por ello hijo de nadie, para que así resulte que es el hijo de quien debe ser, el hijo del río a quien más que a nadie pertenece. Esa es toda la trama.

Y en ella, con el gozo de ir siguiendo dos historias a un tiempo, la maravilla de estar viendo obrar al hijo en el pensamiento -corazón- del padre y al padre en el pensamiento -corazón- del hijo que lo está contando. Nunca dejan los dos de estar viéndose así mutuamente y nunca dejamos nosotros de estar viendo en ellos cómo pasa Nicaragua, desde el interior, con lo más característico que hay, hasta los puertos del lago y por ellos al río, como centro principal. Todo en lo que el padre piensa y el hijo crece. Todo en lo que se pier-

de en tierra o en lo que se destruye en las duras entradas de los puertos o en lo que para el Comandante acaba y se le va con la vida por el río. Pero que con la lluvia una vez y otra vez empieza y queda ahí no más en la figura del pollo coludo que, al parecer, sólo para rascar servía y es al fin el que ha de dar el triunfo a los castilleños, que es el triunfo en gloria del río y el triunfo en gloria del Castillo y el de aquella mirada profética del Comandante que señala distraído al gallo mientras se queda ensimismado viendo al hijo. No entenderá nada ni sabrá por ello apreciar la novela el que no sienta esa maravilla de dos vidas fundidas que al darse juntas no pueden ser más dos ni más, en una sola, un pueblo. La que el hijo nos hace vivir al contárnosla, como hijo y padre del Comandante, la del padre que a sí mismo se está creando en el hijo, para que éste con amor de hijo nos la cuente.

Hay que atender bien a esto y dejarlo fijo. La novela entera es el Comandante. Las escenas pueden ser, como en realidad son, lo más variadas, dentro del marco de una nación esencialmente rural. El comandante es el mismo y está en todo. No se le pierde nunca de vista, aun en lo que puede aparecer más alejado de él. Como al que lo cuenta se le está viendo siempre y se le oye aun en lo que está escuchando. Desde la sombra en que quedan, en esos sucesos que parece que no van con ellos, intervienen los dos a una como mutuamente se están haciendo y diciendo. Como una sombra se nos queda viendo el Comandante en lo que el hijo dice de él. Y es la sombra más sólida con que podemos encontrarnos. No hace falta más acción ni más enredo inventado, que no haría sino enredar eso que tan directo va a lo suyo y tan transparente se ve y se oye. Desde que empecé a leer el libro fue esa la impresión más fuerte, más destacada y que en cada lectura se me ha renovado. No busques más: la novela es el Comandante. Y por eso lleva ese título. Y el modo de narrarla -siempre en acción- se reduce a decir cómo el mismo se iba

haciendo en el hijo que lo cuenta, mientras hacía -conformaba- a ese mismo hijo que lo había de contar. Es lo que quise significar al poner al principio: El Comandante hijo y padre de Fernando Silva o Fernando Silva padre e hijo del Comandante.

Con una leve modificación le podría él decir a su padre lo que el hijo de un predecesor suyo en la novela -Luis Vélez de Guevara- le decía a su padre:

*Y sufra tu modestia esta alabanza
De quien por parecer más hijo tuyo
Te quiso hacer un rasgo de su pluma.*



Fernando Silva con Salomón de la Selva.